

EL MANANTIAL DE LOS SILENCIOS

Pedro Guerrero Ruiz

Celebremos que el escritor Antonio Gómez Rufo, una de las voces más consolidadas de la narrativa española, ha publicado en la editorial ciezana de Fernando Fernández Villa, Alfaceque, *Tiempo de silencio*. El libro es una joya en el sentido editorial, maquetación, letra, papel, disposición estructural.

Sobre Antonio Gómez Rufo, decirles que yo tengo noticia de él en los años 80 cuando, siendo del jurado de Cuentos de Mazarrón, le concedimos por unanimidad el premio a su cuento. Aquel día, cenamos y tomamos unas copas en El Faro del Puerto con el pintor Pepe Lucas, buen amigo nuestro, que me habló del escritor lo suficiente para seguirle los pasos. Gómez Rufo es también como Pepe, audaz en su código artístico. Su paso por la administración cultural de mano de Tierno Galván (profesor desterrado a Murcia por no rendirse al régimen dictatorial) fue muy brillante.

La inseguridad a lo dubitativo, la crisis de valores y la soledad son las raíces de este “Manantial de los silencios”. La fabulación de Gómez Rufo no se despegaba del sufrimiento humano, de la fea geografía del consumo, de los fantasmas del miedo, de la deshumanización en un mundo cruel y tercamente privado. Le gustan a Rufo las novelas circulares, como lo es la de “Las lágrimas de Henán”; le atrae novelar el conflicto de la perversión, en “El alma de los peces”; o los “Thriller” del llanto y el acoso psicológico, escondido entre las paredes de las casas, en “Adiós a los hombres”. Rufo cuenta su fábula donde lo real, con el sabor de lo mágico ético, y con un castellano tan legítimo como ajustado, nos hace padecer. Y es que la literatura que no nos duele, no es literatura.

Lenguaje depuradísimo pero sorprendente, muy personal, Rufo nos pinta el silencio. Aquí no hay héroes, ni aventuras. El folletín no vive en Rufo, sino que sus personajes, siendo seres desvalidos y, a veces inadaptados, convierten las causas en dificultades para enfrentarse. Enfrentarse uno de ellos, Juan, contra su madre; Bruno, contra su propia perversión; Wong contra la resignación sumisa. Yo creo que Antonio Gómez Rufo está en un lenguaje preciso o poético según la historia que nos cuenta, porque maneja bien las herramientas de la escritura.

Veamos algunas mínimas referencias textuales de su talento manifestado en “Las lágrimas de Henán”, pág. 87, “la seguridad es el hecho donde la razón descansa”. En “El alma de los peces”, pág. 241, su complicidad poética con la narración de una ciudad conceptual inhabitada, “En Weisberg nunca se abrían las flores en mayo. Tampoco en Junio. Hubo una mujer pelirroja, pero murió. Y todos los días hacía frío”. ¿O no es esto una poética narrada? En “Adiós a los hombres”, pág. 595, esa audacia narrativa que en Antonio Gómez Rufo sostiene su trilogía, el manantial donde se guarda el silencio, la estructura contada desde la hipertextualidad: “Pero no tuvo en cuenta que el tiempo va gastando los corazones con la paciencia con que el agua lame la roca, convirtiendo la altivez de la montaña en sumisión de arena; y el día que advirtió que se había quedado sin corazón comprendió también que se le había olvidado sentir”.

Antonio Gómez Rufo, sus historias, pasan por planos y ángulos, por la fotogramática de su personal interés, que tienen su origen en el celuloide y su amistad con Berlanga. De otra parte, la potencia creativa, fabuladora, más ese torrente discursivo, épico-trágico-ético-estético de la primera novela de esta trilogía de nuestro escritor, así como la confabulación urbana de la segunda, y la inversión de modelos de la tercera, todas ellas, aunque estén separadas en el tiempo, nos proponen un empaste transitado, o mejor, transido y compartido por un único modelo de antihéroes en el silencio, en un tiempo de silencio y soledad. Alegoría, fábula, cuento novelado, voces separadas, mapa de una geometría de angustia que nos conmueve, la literatura de Antonio Gómez Rufo depende de su tiempo político-social y cultural, visualizado por su retina alentada por su talento creativo y discursivo.

En estos “críticos” momentos de la visión política y social del capitalismo también editorial (de ahí la celebración con la editorial murciana Alfaqueque) conviene recordar dos cosas. La primera es de Shakespeare y está en su libro: “los peligros visibles nos atemorizan menos que los horrores imaginarios”. La segunda es de Tierno Galván y también anda por su libro: “Si no pensamos por delante, si no avanzamos vamos a caer en la necedad de pensar que las ideas superiores no sirven en momentos de crisis”.